**Aforados**

El concepto de aforado surge con profusión aplicado a los políticos. Confieso que ignoraba el parangón que podía existir en otras naciones, aunque daba por cierto que el número sería similar e incluso mayor por tener algunas más habitantes y experimentados entramados democráticos.

Cuando hace poco descubrí el craso error tuve que cerciorarme porque me empecinaba en mi creencia inicial. ¡Qué difícil resulta aceptar lo inaudito! Y lo pasmoso se concreta en que somos más postineros que nadie, aquí sacamos pecho y enarbolamos altos pendones. ¡Tenemos un censo de unos 10.000 aforados!, mientras que Portugal o Italia solo tienen al presidente de la República; Francia cuenta con diez aforados, el presidente y sus ministros; Alemania y Reino Unido no tienen siquiera uno.

He sentido pasmo. ¿Qué pensarán esas naciones de nosotros? Porque el número resulta tan gráfico y significativo que explica muchísimas cosas, potenciadas por un nefasto acuerdo constitucional de aforar, si preciso fuere, hasta a los chóferes de los directores generales andaluces. Es de una sofocación tan absoluta que obligaría a cambiar la Constitución mañana, ella, la pobre, roja de vergüenza. Pero no por ahora porque el número de interesados lo impedirá.

Decía que los privilegios invitan al mangoneo y a la corrupción política. ¡Hasta los adjuntos al Defensor del Pueblo están aforados! También los consejeros del Tribunal de Cuentas, lánguida institución que dormita en el lecho de la ineficacia. Todos los jueces están aforados y los generales también. A este paso quedaremos unos cuantos desgraciados que seguiremos subiendo las grandes piedras bajo un sol justiciero para construir las pirámides de los actuales faraones, aforados hasta en su momificada y lujosa muerte. Aseguro que me encuentro deprimido, despreciado y ninguneado; y deseoso de irme de este mefítico e irredento terreno lleno de privilegios paridos por la rufianería.

Hace mucho tiempo que me sorprendí por el bunker institucional del Rey: «La persona del Rey es inviolable y no está sujeta a responsabilidades…». Traté de armonizar esas solemnes palabras con las dirigidas al resto, los que pastan sin aforar en las praderas: «Los españoles son iguales ante la ley sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razones de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social». Sorteé en mis tiempos de educador ―sin éxito por carecer de convicción― los envites de los nobles toros del alumnado, incapaces de comprender cómo el Rey, encarnación del ejemplo patrio, aceptaba con impávida obediencia una armadura semejante: los niños, desde sus inocencias, poseen lógicas capaces de poner en brete a los sabios.

Por eso le recomiendo a su Majestad, desde mi añorada inteligencia infantil, que los regalos sospechosamente envenenados deben devolvérseles a sus dueños y engatusarles para que los prueben antes y delante del interfecto ―antaño práctica muy habitual en sus antecesores y el papado―.

Y ahora me entero que don Javier Noya, investigador del Real Instituto Elcano, declara que, según una reciente encuesta, los españoles están obsesionados con la corrupción, siendo su principal problema. Hombre, don Javier, dicho así, para que una obsesión se instale como franca patología tiene que existir una causa. Es que el problema nos lo han largado y remachado día tras día con el martillo pilón del trincamiento de la clase política, concretado en unos mil imputados; para ahora decirnos las encuestas en un informe de feo marrón que tenemos psicopatías. Lo único que faltaba es que al mismo tiempo nos recomendasen psiquíatras adscritos al régimen faraónico.

 Puede que los escribas del imperio le hubiesen increpado alguna vez a los menestrales de las piedras que por su culpa el alma del faraón no disfrutará por siempre contemplando el precioso brillo de Sirio… Hombre, don Javier, que sus expertos en preguntas han sorteado la raíz de la cuestión. Mire qué fácil hubiesen resultado este par de preguntas: «¿Cuál es la causa que ha originado tanta corrupción en esta Nación?» «¿Le agradaría ser aforado?». Apuesto que las respuestas serían contundentes y uniformes.

Muy estimado don Javier: en otra ocasión ―por si acaso esta misiva le llega―dígale a sus colaboradores que dejen de preguntar esa chorrada que tanto gusta ahora: «¿Valora usted positivamente denominar a España como ‘Marca’?». Porque a ver si nos enteramos que España, todavía, es una Nación, concepto que debiera resaltarse desde cualquier instancia oficial, y aunque la institución sea faraónica. Por último le deseo que logre un buen aforamiento, que también lo quisiera yo, por si algún papamoscas se crispa.